

mostró el más resuelto adversario del plan, y hasta el joven Bonaparte fué acusado de ser cómplice de los Robespierre, á causa de la confianza que su talento y sus proyectos habían inspirado al más joven de los dos hermanos. El ejército volvió en desorden á la gran cadena para ocupar otra vez sus posiciones, pero la campaña terminó con una notable ventaja. Los austriacos, de acuerdo con los ingleses, quisieron hacer una tentativa sobre Savona para cortar la comunicación con Génova, que por su neutralidad prestaba grandes servicios al comercio de subsistencias. El general Colloredo avanzó con un cuerpo de ejército de ocho ó diez mil hombres, y no habiendo apresurado su marcha, dió á los franceses tiempo para prevenirse. Sorprendido en medio de las montañas por éstos, cuyos movimientos mandaba el general Bonaparte, perdió ochocientos hombres y retiróse vergonzosamente, acusando á los ingleses, que le acusaban á su vez. La comunicación con Génova quedó restablecida y el ejército consolidado en todas sus posiciones.

En los Pirineos volvían á proseguir su curso las victorias. Dugommier estrechaba cada vez más el sitio de Bellaguardia, pues quería apoderarse de esta plaza antes de bajar á Cataluña. El conde de la Unión intentó socorrer á los sitiados por medio de un ataque general contra la línea francesa, pero rechazado por todas partes tuvo que retirarse, y más desanimada que nunca la plaza con la derrota del ejército español, se entregó el 6 vendimiario (27 de septiembre). Dugommier, enteramente asegurado por su retaguardia, se disponía á penetrar en Cataluña, mientras en los Pirineos occidentales, saliendo por fin de la inacción los franceses, acababan de invadir el valle del Baztán, tomando á Fuenterrabía y San Sebastián, y gracias al clima benigno de este país se preparaban, como en los Pirineos orientales, á llevar adelante sus triunfos á pesar de la proximidad del invierno.

En la Vendée continuaba la guerra, si no muy viva ni peligrosa, por lo menos lenta y asoladora. Stofflet, Sapinaud y Charette se habían por fin repartido el mando, y desde la muerte de Larochejacquelein le sucedió Stofflet en el Anjou y alto Poitou. Sapinaud había conservado siempre la pequeña división del centro, y Charette, célebre por la campaña del último invierno, en que con fuerzas casi aniquiladas había logrado abstraerse á la persecución de los republicanos, mandaba en la Vendée baja, pero ambicionaba el bastón de general en jefe. Habíanse reunido en Jallais y convenidos á gusto de Bernier, cura de Saint-Laud, consejero y amigo de Stofflet, que gobernaba el país en su nombre. Era este cura tan ambicioso como Charette, y deseaba una combinación que le permitiese tener sobre todos los jefes el ascendiente que sobre Stofflet. Conviniéronse en formar un consejo superior, por cuyas órdenes se obraría en lo sucesivo, y Stofflet, Sapinaud y Charette se confirmaron recíprocamente sus respectivos mandos del Anjou, del centro y de la Vendée baja. Mr. de Marigny, que había sobrevivido á la gran expedición vendéana sobre Granville, fué preso por haber infringido una orden de este consejo, y Stofflet tuvo la crueldad de fusilarle por dictamen de Charette, atribuyéndose á celos este acto de rigor, que produjo una impresión funesta en todos los realistas.

Toda guerra que no ofrece ningún resultado plausible queda sólo reducida á una lucha de destrucción. Los republicanos habían establecido catorce campamentos atrincherados alrededor de todo el país rebelde, de cuyos campamentos salían de continuo columnas incendiarias, que al mando del general Turreau ejecutaban el formidable decreto de la Convención; esto es, quemaban los bosques, los retamares, los cercados y á veces los mismos pueblos, apoderándose de las mieses y ganados, y se disculpaban con el decreto que mandaba también á todo habitante extraño á la insurrección retirarse á veinte leguas del país rebelde, tratando como enemigos á todos los que encontrasen. Los vendeanos, que por la necesidad de procurarse subsistencias no dejaban de cultivar sus campos en medio de tan terribles escenas, resistían desesperadamente á esta guerra, de modo que la hacían interminable; á una señal de sus jefes dejaban los útiles de labranza, y formando de pronto partidas de ataque, se lanzaban á la retaguardia de los campamentos y se apoderaban de todo, ó bien dejando penetrar en su territorio las columnas enemigas, acometíanlas cuando las veían internadas, y si lograban desordenarlas pasaban á cuchillo hasta el último hombre; después se apoderaban de las armas y municiones, que era lo que más ansiaban, y sin conseguir nunca debilitar á un enemigo muy superior, hallaban así únicamente los medios de sostener esta guerra devastadora.

Tal era el estado de las cosas en la orilla izquierda del Loira; pero en la derecha, esto es, en aquella parte de la Bretaña comprendida entre el Loira y el Vilaine, se había formado una nueva partida, compuesta en gran parte de los restos de la columna vendéana, destruída en Savenay, y de los paisanos que habitaban en estas llanuras; su jefe era Mr. de Scepeaux, y este cuerpo de insurgentes, que ponía en comunicación la Vendée con la Bretaña, tenía poco más ó menos la misma fuerza que el de Mr. de Sapinaud.

La Bretaña era, pues, el teatro de una guerra muy distinta de la que presentaba la Vendée, aunque no menos deplorable. Los chuanes, de que hemos hablado ya, eran contrabandistas á quienes había dejado sin ocupación la abolición de los portazgos, jóvenes que no habían querido entrar en quintas y algunos vendeanos escapados, como los de Mr. Scepeaux, de la derrota de Savenay. Entregábanse estas gentes al robo entre las breñas y extensos bosques de la Bretaña, particularmente en el monte de Pertre, y no formaban como los vendeanos cuerpos numerosos capaces de sostener la guerra, sino que marchaban en partidas de treinta á cincuenta, deteniendo á los correos y diligencias, asesinando á los jueces de paz, corregidores y empleados republicanos y muy especialmente á los compradores de bienes nacionales; respecto á los que no eran compradores, sino arrendadores, iban á buscarlos y hacían que les pagasen el tanto del arriendo. Por lo común, tenían cuidado de destruir los puentes, estropear los caminos y romper el eje de los carros para impedir el transporte de subsistencias á las ciudades. Amenazaban terriblemente á los que llevaban géneros á los mercados y hacían efectivas estas amenazas saqueando é incendiando sus propiedades. No pudiendo ocupar el país militarmente, querían trastornarlo todo, impidiendo á

los ciudadanos que aceptasen ningún cargo de la república, castigando la compra de bienes nacionales y privando de subsistencias á las ciudades. Reunidos en menor número y sin tanta fuerza como los vendeanos, eran sin embargo más temibles y merecían indudablemente el nombre de salteadores.

Tenían un jefe secreto á quien ya hemos nombrado, Mr. de Puisaye, individuo en otro tiempo de la Asamblea Constituyente. Se había retirado á Normandía después del 10 de agosto y agregádose, como hemos visto, á la insurrección federalista, hasta que después de la derrota de Vernón fué á ocultarse á Bretaña, reuniendo en ella los restos de la conspiración de la Rouaire. A una suma inteligencia y extraordinaria habilidad para congregar los individuos de un partido, añadía mucha actividad de cuerpo y ánimo y una desmedida ambición. Puisaye, considerando la posición peninsular de la Bretaña, la vasta extensión de sus costas, la configuración particular de su terreno cubierto de bosques, montañas y guaridas impenetrables; considerando especialmente el estado de atraso de sus habitantes que hablan una lengua extranjera y se hallaban privados por lo tanto de toda comunicación con los demás habitantes de Francia, sometidos totalmente al influjo de los clérigos y tres ó cuatro veces más numerosos que los vendeanos; Puisaye, decimos, creía poder levantar en Bretaña una insurrección mucho más formidable que la que acaudillaron los Cathelineau, los d'Elbéé, los Bopchamp y los Lescure. Además, la proximidad de Inglaterra y la casual mediación de las islas de Jersey y Guernesey le habían inspirado el proyecto de hacer concurrir á sus planes al gabinete de Londres, pues no quería que el valor de los habitantes se consumiese en inútiles correrías, y trabajaba en organizarlo de manera que pudiese tenerlo enteramente á sus órdenes. Auxiliado por los curas, había hecho alistar en registros abiertos en las parroquias á todos los que se hallaban en disposición de llevar las armas. Cada una de éstas formaba una compañía, cada cantón una división, y las divisiones reunidas formaban cuatro cuerpos principales: los de Morbihán, Finisterre, Costas del Norte é Ille-y-Vilaine, que dependían todas cuatro de una junta central, representante de la suprema autoridad del país.

Presidía Puisaye la comisión central, como general en jefe, y por medio de aquellas ramificaciones hacía que llegasen sus órdenes á todo el país. Encargaba, mientras ponía en ejecución sus vastos planes, la mejor hostilidad posible, para no atraer muchas tropas á Bretaña, y se contentaba con reunir municiones é impedir el transporte de comestibles á las ciudades; pero los chuanes, poco á propósito para el género de guerra universal en que pensaba, se dedicaban particularmente á las correrías, de que sacaban más provecho y se acomodaban mejor á sus inclinaciones de latrocinio. Puisaye se apresuraba á dar la última mano á su obra, proponiéndose, acabado que hubiera de organizar su partido, pasar á Londres con el objeto de entablar negociaciones con el gabinete inglés y los príncipes franceses.

Ya dijimos, hablando de la precedente campaña, que los vendeanos no habían tenido trato aún con los extranjeros, y que sólo se les había enviado á Mr. de Tin-

teniac para saber quiénes y cuántos eran y las miras que tenían, ofreciéndoles armas y auxilios si se apoderaban de algún puerto en la costa, lo cual les decidió á dirigirse á Granville y hacer la tentativa cuyo desgraciado éxito hemos visto. La escuadra de lord Moira, después de haber cruzado en vano nuestras costas, había llevado á Holanda los auxilios destinados á la Vendée. Puisaye esperaba determinar una expedición semejante y tratar con los príncipes, que no habían manifestado aún reconocimiento alguno ni dado esperanzas á los realistas rebeldes en el interior.

Los príncipes, por su parte, confiando poco en el apoyo de las potencias, empezaban á volver los ojos hacia sus partidarios del interior de la Francia, sin que por otra parte hubiese nada dispuesto en su favor para aprovecharse del sacrificio de los valientes que querían abrazar su causa.

Algunos antiguos señores y amigos habían seguido á Monsieur, que tomaba el nombre de regente y residía en Verona, desde que el Rhin era inhabitable para quien no anduviese en la guerra.

El príncipe de Condé, valiente, pero de poca disposición, persistía en reunir en las orillas del alto Rhin á todos los que querían valerse de su espada.

Una nobleza joven seguía en sus viajes al conde de Artois, habiéndole acompañado hasta San Petersburgo. Catalina había recibido al príncipe suntuosamente, dándole una fragata, un millón, una espada y ofreciendo á su servicio al valiente conde de Vaubán para que se valiese de él, prometiendo además grandes auxilios luego que el príncipe se hallase en la Vendée. Esto, sin embargo, no llegó á verificarse, y el conde de Artois se volvió á Holanda al cuartel general del duque de York.

No era, pues, brillante ni feliz la situación de los tres príncipes franceses, pues que el Austria, la Prusia y la Inglaterra se habían negado á reconocer al regente, por no mezclarse en sus negocios interiores, como hubiera sucedido reconociendo otro soberano de Francia que no fuese el que lo era de hecho, cosa en que ninguna potencia parecía convenir; sobre todo, ahora que se hallaban batidas todas, decían que habían tomado las armas por el interés de su propia seguridad. Reconocer al regente tenía además sus inconvenientes, pues era condenarse á no obtener la paz hasta la destrucción de la república, cosa que empezaba ya á creerse muy difícil. Sin embargo, las potencias consentían á los agentes de los príncipes, por más que no reconociesen en ellos ningún título. El duque de Harcourt en Londres, el duque de Havre en Madrid y el de Polignac en Viena presentaban notas poco leídas y rara vez escuchadas, reduciéndose á servir de conducto por donde pasaban los cortos y raros socorros que se dispensaban á los emigrados, más bien que de órgano de una potencia conocida. Así es que en las tres cortes de éstos reinaba el mayor descontento contra las potencias, empezando á conocer que el celo de la liga por los realistas encubría el odio más profundo contra la Francia. El Austria, colocando su bandera en Valenciennes y Condé, había, según los emigrados, avivado el entusiasmo del patriotismo francés. La Prusia, cuyas pacíficas intenciones habían ya visto, decían que faltaba á todos sus compromisos. Pitt, que era entre todos los aliados el más positivo y el más desdeñoso con respecto á ellos, era

también á quien más odiaban, llamándole el pérfido inglés y diciendo que era necesario cobrarle el dinero y engañarle en seguida, luego que se pudiese. Suponían que sólo se podía contar con España, porque únicamente España era pariente fiel y sincera aliada, y por lo tanto sólo en ella podían cifrarse todas las esperanzas.

Las tres reducidas cortes fugitivas, tampoco unidas ya con las potencias, no vivían entre sí en la mejor inteligencia: la de Verona, poco activa, daba á los emigrados órdenes que no eran obedecidas; dirigía á los gabinetes, por medio de agentes no reconocidos, comunicaciones que apenas escuchaban; desconfiaba de las otras dos; envidiaba al príncipe de Condé por su importancia en el Rhin y la especie de consideración que su valor, poco ilustrado, pero enérgico, le merecía de los gabinetes, y envidiaba hasta los viajes del conde de Artois en Europa. El príncipe de Condé, por su parte, tan falto de talento como valeroso, no quería entrar en ningún plan, ni mostraba mucho celo por las dos cortes que no se debatían.

Finalmente, la pequeña corte reunida en Arnheim, disgustada de la vida que se pasaba en el Rhin y de la autoridad superior que era preciso sufrir en Verona, permanecía en el cuartel general inglés, bajo el pretexto de tener varios proyectos sobre las costas de Francia. Habiendo reconocido los príncipes franceses por una cruel experiencia que no debían contar con los enemigos de su patria para restablecer el trono, complaciábase en decir que no se debía confiar en adelante sino en los partidarios del interior y en la Vendée. Cuando el terror dejó de reinar en Francia, comenzaron por desgracia á respirar los discolos á la vez que los hombres de bien: las correspondencias de los emigrados con los del interior comenzaban otra vez: la corte de Verona tenía por corresponsal, valiéndose del conde de Entraigues, á un tal Lemaitre, intrigante, que había sido sucesivamente abogado, secretario del consejo, libelista y prisionero en la Bastilla, acabando por ser agente de los príncipes. Habíase agregado á él un tal

Laville-Heurnois, antiguo relator del consejo del rey, protegido del ex ministro Calonne, y un abate llamado Brottier, maestro de los sobrinos del abate Maury.

Pedíanse á estos intrigantes detalles sobre la situación de Francia, y el estado de los partidos, sus disposiciones y los planes de conspiración, y contestaban dando á menudo los informes más falsos; jactábanse de sus pretendidas relaciones con los jefes del gobierno, y contribuían con todas sus fuerzas á persuadir á los príncipes de que debía esperarse todo de un movimiento en el interior.

Habíaseles encargado que se correspondieran con la Vendée, y sobre todo con Charette, que por su larga resistencia era el héroe de los realistas, pero con el cual no se había podido entablar aún negociación alguna.

Tal era, pues, la situación del partido realista dentro y fuera de Francia: en la Vendée hacía una guerra poco alarmante por sus peligros, pero aflictiva por sus desastrosos; formaba en Bretaña vastos proyectos, pero lejanos aún y sometidos á una condición muy difícil cual es la unión y el concierto de muchos individuos. Fuera de Francia estaba dividido, poco considerado y falto de apoyo; y desengañado al fin de la eficacia de los auxilios extranjeros, mantenía con los realistas del interior pueriles correspondencias.

La república tenía, pues, poco que temer de los esfuerzos de Europa y de la monarquía: prescindiendo del motivo de disgusto que le producían de continuo los estragos de la Vendée, sólo tenía que aplaudirse de sus brillantes triunfos.

Libre de la invasión del año anterior, habíase vendido en el actual con varias conquistas: acababa de adquirir la Bélgica, el Brabante holandés, el país de Luxemburgo, de Lieja y Juliers, el electorado de Tréveris, el Palatinado, la Saboya, Niza, una plaza en Cataluña, el valle del Baztán, y amenazaba al propio tiempo á la Holanda, al Piamonte y á España. Tales eran los resultados de los inmensos esfuerzos hechos por la célebre junta de salvación pública.

CAPÍTULO XXV

Invierno del año III. — Reformas administrativas en todas las provincias. — Nuevas costumbres. — Partido termidoriano: la *juventud dorada*. — Salones de París. — Lucha de los dos partidos en las secciones. — Contiendas y escenas tumultuosas. — Violencias del partido revolucionario en los jacobinos y en el club electoral. — Decretos sobre las sociedades populares. — Decretos relativos á la hacienda. — Modificaciones en el *máximum* y en las requisas. — Proceso de Carrier. — Agitación en París y exasperación creciente de ambos partidos. — La juventud dorada ataca el club de los jacobinos. — Se cierra este club. — Reinstalación de los setenta y tres diputados presos después del 31 de mayo. — Condena y suplicio de Carrier. — Persecuciones contra Billaud-Varennes, Collot d'Herbois y Barrere.

Mientras ocurrían en las fronteras los acontecimientos que acabamos de referir, la Convención continuaba sus reformas. Los representantes encargados de renovar las administraciones recorrían la Francia, reducían en todas partes el número de comités revolucionarios, formándolos con otros individuos; mandaban detener como cómplices del sistema de Robespierre á todos aquellos cuyos excesos no podían quedar impunes, cambiaban los funcionarios municipales, reorganizaban las sociedades populares y purgábanlas de los hombres más peligrosos. Esta operación no se practicaba siempre sin obstáculo: en Dijón, por ejemplo, la organización revolucionaria era más compacta que en ningún otro punto; los mismos hombres, individuos á la vez del comité revolucionario, de la municipalidad y de la sociedad popular, hacían temblar á todo el mundo; encerraban arbitrariamente á los viajeros y vecinos, inscribían en la lista de los emigrados á todos cuantos se les antojaba, é impedíanles obtener certificados de resistencia, intimidando á las secciones. Habíansé regimientado bajo el título de ejército revolucionario, y obligaban al ayuntamiento á pagarles un sueldo. No teniendo profesión alguna, asistían á las sesiones del club con sus mujeres, y disipaban en orgías, en las que no era permitido beber sino en cálices, el doble producto de su paga y de sus rapiñas. Correspondíanse con los jacobinos de Lyon y de Marsella, y les servían de mediadores para relacionarse con los de París. No sin gran trabajo consiguió el representante Calés disolver aquella coalición; destituyó á todas las autoridades revolucionarias, eligió veinte ó treinta individuos los más moderados del club, y encargóles que hicieran la depuración entre los otros.

Una vez expulsados de las municipalidades de provincia, los revolucionarios hacían como en París; retirábanse de ordinario al club jacobino, y si éste se hallaba depurado invadíanle de nuevo después de la marcha de los representantes, ó formaban otro. Allí pronunciaban discursos más violentos que otras veces, entregándose á todo el delirio de la cólera y del miedo, porque veían la venganza en todas partes. Los jacobinos de Dijón enviaron á los de París un informe incendiario. En Lyon ofrecían un conjunto no menos peligroso; y como la ciudad se hallaba oprimida aún por los terribles decretos de la Convención, los represen-

tantes se vieron apurados para reprimir su furor. En Marsella fueron más audaces; uniendo al arrebatado de su partido el del carácter local, formaron un grupo considerable, rodearon la sala donde estaban comiendo los representantes Auguis y Serres, y enviáronles comisionados, que sable y pistola en mano presentáronse á pedir la libertad de los patriotas detenidos. Los dos representantes mostraron la mayor firmeza, pero mal apoyados por la gendarmería, que había secundado continuamente las crueldades del último régimen, acabando por creerse cómplice y responsable, faltó poco para que fueran asesinados. Algunos batallones de París, que á la sazón se hallaban en Marsella, fueron á libertar á los representantes y dispersaron el grupo. En Tolosa promovieron también motines: había allí cuatro individuos, un director de correos, un secretario de distrito y dos cómicos que se habían constituido en jefes del partido revolucionario, y que después de formar un comité de vigilancia para todo el Mediodía, extendían su despotismo hasta más allá de Tolosa. Opusieron á las reformas y á las prisiones ordenadas por los representantes d'Artigoyte y Chaudrón-Rousseau, sublevaron á la sociedad popular, y tuvieron la audacia de hacerla declarar que aquellos dos representantes habían perdido la confianza del pueblo. Vencidos, no obstante, fueron encerrados con sus principales cómplices.

En todas partes se reproducían estas escenas con más ó menos fuerza, según el carácter de los habitantes de las provincias, pero siempre quedaban los jacobinos castigados. Los de París, corifeos de la liga, se hallaban en extremo alarmados, pues veían sublevada á la capital contra sus doctrinas, y sabían que en los departamentos, más tardíos que París para pronunciarse, la opinión se había declarado contra ellos. Tampoco ignoraban que en todas partes les llamaban caribes, secuaces, cómplices é imitadores de Robespierre; y si bien se veían sostenidos por la multitud de empleados depuestos por el club electoral, por una fogosa y á veces triunfante minoría en las secciones y por varios individuos de la misma Convención, algunos de los cuales asistían aún á su sociedad, no por eso dejaba de alarmarles la agitación de los ánimos, pretendiendo que había un complot formado para disolver las sociedades populares y después la república.